

# TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

## UNAS FOTOGRAFÍAS

### LA INUTILIDAD DE LA PENA DE MUERTE

NO se trata de intervenir en la ya antiquísima discusión de si debe aplicarse o no la pena de muerte. Estas notas son apenas un vistazo a humo de pajas, diría alguien, del problema. Nos las sugiere un titular de un periódico que con grandes letras, dice, a todo lo largo de su segunda página, sensacionalmente, «139 contrabandistas de opio, en sólo 18 meses, sentenciados a muerte y ejecutados en Irán».

Por separado tuvimos a la mano algunas de las fotografías de estos hombres injustificados implacablemente, sin recursos legales de defensa y sin juicios normales. Y nos horrorizó pensar que aquellas caras y facciones pertenecían a montañeses, campesinos y gente groseramente vestida, peor calzada, sin otros recursos, quizá, para ganarse la vida, que obtener oro a cambio de su maldita mercancía.

Y no son solamente 139 los fusilados. A decir del Dr. Raad, supremo ejecutor de esta pavorosa legislación iraní, son más, y cada vez serán más, con tal que las juventudes de los países occidentales no calgan bajo el flagelo de la droga. El Dr. Raad debe ser la encarnación de un dictador centroamericano al que apodaban «Fushileno» porque no sabía decir otra palabra, siempre que le consultaban qué se hacía con un reo político.

Perón no nos apartemos de nuestro tema: al leer en la página de ese periódico lo de los fusilamientos, en número de 139, nos hicimos, solos nosotros, en el interior de nuestra conciencia de hombres, esta reflexión: ¿de qué sirve entonces, la pena de muerte... Si no sirve para sembrar el terror, para infundir miedo, a efecto de que otros no hagan lo mismo, es inútil, salvo que se tenga un criterio talloniano, pero ni así, en este caso, ni así. Y nos preguntamos: ¿Qué pasaría si en Nueva York o en Chicago, en Estados Unidos, sentaran en la silla eléctrica a 136 contrabandistas de opio, o en Europa los guillotinaran, ahorcaran o apli-caran el garrote? ¿Qué pasaría? Protestarían instituciones, universidades, juristas, las iglesias, todos... ¿Por qué entonces se guarda silencio cuando en Irán se fusila a esos infelices, conforme a una ley que, si jurídica-mente no es defendible —el delito de contrabando es circunstancial—, lo es menos aplicada contra los principios de los derechos del hombre.

Y una rápida conclusión. Hay que detener esos fusilamientos y decir que lo único que se ha probado con ellos es que la pena de muerte es inútil.

Miguel Angel ASTURIAS  
Premio Nobel

Paris, 1972.

## DON AMÉRICO

### EL OTRO CASTRISMO

EN realidad, yo no sé si don Américo tiene razón de enfadarse como se enfada. Acabo de leer su «De la edad conflictiva» —la tercera edición, de estos días, trae añadidas suculentas— y me parece que exagera. No, no; sus tesis no han caído en saco roto. Más bien han tenido un éxito excepcional; por lo menos, aquellas de fondo, verificables y verificadas, que se relacionan con el reflejo literario de los «casticismos» en la España carolino-filipina. Los libros de Castro encuentran una clientela fascinada, y no son pocos los investigadores del Siglo de Oro castellano que tienen en cuenta su lección.

Por otro lado, se trata de un mérito fuera de serie, ya que el ex profesor de Princeton desempolvaba un problema nada grato para la abúlica y prejuiciosa multitud de los domines celtibéricos: el lío de los «cristianos nuevos». Resulta sorprendente observar cómo, a estas alturas, el asunto sigue siendo incómodo a ciertos niveles, en nuestra curiosa Piel de Toro. El escrúpulo frente al judío, o de ser judío, no está cancelado. Con lo de los moros es otra cosa. Si la cita de un texto de zarzuela no ha de ser tomada, aquí, como una falta de respeto, yo aduciría un pasaje de la romanza de España, en «La Patria Chica» de los señores Alvarez Quintero, que, después de exclamar un «¡Me carga la Constitución!», explica:

*Me encantan los moros  
y la Inquisición,  
y voy a los toros,  
y luego, al sermón.*

con una inocencia encantadora. En general, los «cristianos nuevos» de don Américo son los judíos conversos. Los moros conversos no hacían literatura, y para Castro, la «historia» sólo es la «literatura»...

Y puesto que me precipité en apuntarlo, iré al fondo de la cuestión. Castro empezó haciendo «historia literaria», y un buen día, deslumbrado por sus propias conclusiones, pretendió elevarlas a esquema «interpretativo» de un complejo humano geográficamente vasto y cronológicamente abrumador que él llama «historia de España». De hecho, y en aquel mismo instante, don Américo —sin darse cuenta— dejaba de ser «historiador» e ingresaba en la alegre familia de los «ensayistas». Una vez, forzado a definirle, dije de él: «Es un sub Unamuno que ha leído a fondo «La Celestina»». No me retracto de la fórmula, incluso en su rasgo de caricatura. Destacaré, ante todo, lo de «haber leído a fondo «La Celestina»», que es una manera como otra cualquiera de poner emblemáticamente en evidencia la copiosa, copiosísima erudición de Castro. En su ramo, y en castellano, no tiene más precedentes que la de don Marcelino, más amplia pero más superficial. Bien mirado, entre don Marcelino y don Américo existe un paralelismo interesante: «La realidad histórica de España» es, en muchos aspectos, una sutil réplica a los «Heterodoxos españoles». La polémica en trámite era la misma. Y ambos doctores pusieron a su servicio —al de la polémica y al de la actitud que en ella tomaban— una maniobra bibliográfica es-

pléndida... Otros participantes insignes en el embrollo han sido don Ramón Menéndez Pidal y don Claudio Sánchez Albornoz. Y, como transeúntes afables y desvencuados, ahí están Unamuno, y Ortega, y otros ya escalafonados en la fauna menor. Ni Unamuno ni Ortega se habían «leído a fondo «La Celestina»». Es la ventaja que les lleva Castro.

Lo del «sub Unamuno» nos conduciría a darle otra vuelta a las especulaciones místico-políticas de don Miguel. Don Américo no llega a los extremos del rector de Salamanca, para quien todo el monte era orégano, y hacía mangas y capirotos con la geografía, la historia, el paisaje y el paisanaje. Pero Castro también se entrega a fabulaciones metodológicas, como lo de la «vividura» y el «vivir desviviéndose» y demás entretenimientos conceptuales, cuya entidad objetiva —aceptable, al menos, por quien no participe de un determinado tipo de efusión localista— apenas admite respeto. Quiero decir: desde el ángulo historiográfico. Como opinión, simple «opinión», ya es otro asunto. A través de los libros de Américo Castro fluye una tremenda veta de nacionalismo, en el peor sentido de la palabra, que, si bien les proporciona un énfasis patético apasionante, y valga la posible redundancia, les priva de cautelas y de asepsia en el rigor científico. O sea: no son «historia», sino «ensayo», es decir, «disputa», «alegato», «tentativa». Unamuno, con un desembarazo monumental, arbitraba hipótesis fantásticas y agresivas. Don José Ortega, en «España invertida», no se quedaba muy atrás, dado su desdén por los papeles de la historiografía válida en la época. Castro trabaja con materiales exactos y sin reproche, y eso le obliga a ser más circunspecto. No mucho más, pero más.

Hay que reconocer en su honor que, de vez en cuando —en «De la edad conflictiva» explícitamente—, don Américo renuncia a ser considerado como historiador. «El propósito de mis obras no es cultivar la erudición ni la sabiduría histórica, sino despertar la dormida conciencia de todo un pueblo...» Lo decisivo en la frase es el verbo «despertar» —y también el alcance del vocablo «pueblo»—, y sospecho que don Ramón y don Claudio, con sus inmensos ficheros a cuestas, tampoco se proponían otra finalidad. Castro la confiesa sin ambages, y es un tanto a su favor. ¿«Historia», pues? Nada de eso: la vieja, enconada discusión acerca del «ser de los españoles», que es, en definitiva, un planteamiento militante, ideológico de pies a cabeza, o de cabo a rabo, marginal —, o a lo sumo, «tangente» — a los intereses reales de la «historia». No se intenta tanto aclarar el pasado como preparar un futuro. Y el futuro que quisieron preparar Menéndez Pelayo, Unamuno, Menéndez Pidal, Ortega, Sánchez Albornoz y Américo Castro, por encima y por debajo de las apariencias, tiene mucho en común. Conjuntamente, es una perspectiva que, en su verdad recalcitrante y agresiva, a mí, personalmente, no me gusta. La «verdad» que hay en todo ello no es el dictamen sobre el pasado, sino un programa para el futuro. Y el programa a que aludo no es muy

diferente del que, en sus discursos parlamentarios, proferían don Santiago Alba o don Antonio Rojo Villanova en los buenos tiempos de la post-Restauración.

Conocemos el paño... Y de ahí que Castro se indigne con el «economismo» historiográfico. En «De la edad conflictiva» lo ataca cada dos páginas. Se mete hasta con monsieur Braudel, que representa el «economismo» al baño María, tímido y desencarnado. Los contrincantes marxistas que don Américo aduce y rebate son una pura tontería: le ponen las carambolas como a Fernando VII sus cortesanos. Hay por ahí, entre los historiadores y entre los no historiadores, mucho marxista que no sabe serlo, y no ha de extrañarnos que un profesor Castro, sencillamente conservador, pero inteligente, hábil, razonable, se los lleve de calle en un esguince dialéctico. En cambio, cuando se encara con Pierre Vilar, don Américo se limita a enseñar la oreja: Vilar ve —bien o mal— los toros desde la barrera, y don Américo está en la arena. Castro es un «combatiente». Su trincheras, con los fantasmas egregios de los «cristianos nuevos» —santa Teresa y Cervantes, «La Celestina» y el «Lazarillo», fray Luis y lo demás—, continúa la línea mesiánica del criptojudasmo imperialista, que tan admirablemente ha puntualizado. Por eso se resiste a entender lo que Vilar insinúa al comparar la mitología escolar de Perpiñán con la de Barcelona. Y otras cosas. Américo Castro ha puesto el dedo en la llaga de una de las muchas llagas de la sociedad hispánica —concretamente, en el «historial clínico»—, pero en «una». Hay muchas más.

Y vuelvo a lo del principio. Para Castro, la «historia» de un país es, y sólo, su «historia literaria». Aquella dulce broma de «los pueblos felices no tienen historia» se convertirá, y quizá abuso, en «los pueblos analfabetos no tienen historia». Todos los pueblos tienen su historia, como todo hijo de vecino tiene su biografía, por oscuros que sean los pueblos y los hijos de vecino. Y, desde el punto de vista del pueblo y del hijo del vecino, la «historia» es la historia de su supervivencia: las cosechas, las epidemias, la fecundidad estadísticamente visible, las dietas asequebles y las diversas formas de la propiedad... Don Américo maneja inmensas referencias clericales, en verso y en prosa, del XVI y del XVII: ni una sola vez desciende a sopesar lo que, antes de Mendizábal, significaban los patrimonios eclesiásticos. Es un ejemplo, entre más que podrían argüirse... Yo, como buen descendiente de judíos, que lo soy, y lo soy como otro ciudadano cualquiera, estimo en mucho las clarificaciones de Castro sobre el «problema semítico». Aunque no suelen pertenecer a mi área cultural, me interesan sus derivaciones amenazadoras, de rechazo: ¿no sería Hernando de Acuña, por ejemplo, un judío más? Sería lógico que lo fuese... El diálogo con Castro todavía resulta difícil. Digo: todavía. En definitiva, don Américo escribe con una desenvoltura que para sí la quisiera uno. Y uno se resigna a decir lo que puede...









Joan FUSTER



## Oferta de la Semana

# GERPLEX

## A PRECIO DE COSTE

<p><b>VAJILLA porcelana</b> 56 piezas Decorados 1972</p>  <p>1.995 1.350 P.</p>	<p><b>VAJILLA TIROL 56 piezas</b> Decorados 1972</p>  <p>2.995 2.150 P.</p>	<p><b>VAJILLA 56 piezas</b> DURALEX 2.000</p>  <p>995 725 P.</p>	
<p><b>VAJILLA VERCO</b> Fin de Semana 6 SERVICIOS</p>  <p>452 325 P.</p>	<p><b>JUEGO CAFE porcelana</b> Decorados 1972 12 servicios</p>  <p>695 499 P.</p>	<p><b>JUEGO CAFE CAPRICHIO</b> 12 servicios</p>  <p>850 599 P.</p>	
<p><b>6 PLATOS cristal tensionado</b> HONDOS LLANOS 72 49 P. POSTRE 66 45 P.</p> 	<p><b>6 COPAS COÑAC</b> NAPOLEON 96 69 P.</p> 	<p><b>6 COPAS CHAMPAN</b> 144 99 P.</p> 	
<p><b>PORRON 1 litro</b> 79 53 P.</p> 	<p><b>JARRO SANGRIA</b> 3/4 litro 120 79 P.</p> 	<p><b>ACEITERA 1 litro</b> 215 149 P.</p> 	
<p><b>ESTUCHE 6VASOS ARABE</b> 46 35 P.</p> 			

Estos precios sólo rigen durante esta semana del 3 al 8 de abril

**BARCELONA:** Paseo de Gracia, 34 Hospital, 25-27 • Av. General Sanjurjo, 102-104  
**SANTA COLOMA DE GRAMANET:** Av. Baró, 41  
**REUS (TARRAGONA):** Arrabal de Santa Ana, 10

**FABRICA DE JOYERIA Y PLATERIA**

ORIO

PASEO DE GRACIA, 7 pral.

## CURSOS ACELERADOS

CONTABILIDAD, SECRETARIADO, JEFES CONTABLES, TAQUIMECANOGRAFIA, CULTURA GENERAL, CALCULO, ORTOGRAFIA, CORRESPONDENCIA, PRACTICAS DE OFICINA, ORGANIZACION BANCARIA

POSEMOS TESTS PSICOTECNICOS

OBTENGA EL TITULO EN EL TIEMPO RECORD de 3 a 6 MESES

OPOSICIONES CAJAS Y BANCOS

CENTRO CATALAN COMERCIAL

Rambla de Cataluña, 3, 1.º T. 232-16-85 - 231-58-77

## Herniados

Contenga su hernia sin molestias, con un aparato Torrent. Cómodo, eficaz, sencillo y sin tirantes. (C. P. S. 23)

Casa Torrent. Unión, 13.  
Rambla Cataluña, 124, pral.  
Córcega, 296, pral. Barna.

## PAPELES PINTADOS

«CRESTA» SUPERLAVABLES

site nuestras nuevas colecciones tanto nacionales como de importación desde 60 ptas. rollo de 10 metros

ENAMORADOS, 38; GALILEO, 278. T. 225-18-04 y 245-95-50